
3 1761 09545313 0







OBSCENIDAD

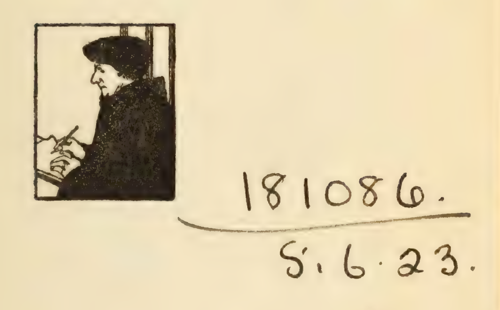
Establecimiento tipográfico

de Rafael Caro Raggio.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

OBSCENIDAD

NOVELA



RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR
MENDIZÁBAL, 34
MADRID

I

LA TENTACIÓN DE LAS AZUCENAS

Era tan densa y capitosa la atmósfera del jardín, estaba de tal modo cargada de aroma a rosas, que Julia detúvose un momento respirando con dificultad, ahogada por esa sensación opresora de voluptuosa angustia que sentimos al entrar en el húmedo bochorno impregnado de olor a tierra mojada y a flores membranosas de una *serre,* o en un baño de vapor demasiado caliente.

Realmente, de algún tiempo a la parte, vagos malestares, anhelos indefinibles, súbitas impaciencias sin objeto, fatigas que llegaban al absoluto vencimiento físico, ensueños imprecisos que le postraban y le hacían llorar sin causa justificada, ponían una obscura vida sensasorial bajo la admirable serenidad de su vegetar burgués, egoísta y soñoliento.

Aunque la comparación sea harto manida, su existencia tenía mucho de la monótona y sonsoneante existencia de esos felinos gordos y lustrosos que duermen al lado de la chimenea, se encariñan con

las cosas más que con las personas y viven egoístamente, tan hostiles a la caricia como a la amenaza.

Los señores de Revilla (don Teodomiro y doña Julia), en su egoísmo, muy burgués, habían *formado* la vida obligándola a dar el máximo de bienestar material, seguros de que aquello bastaría a la satisfacción de sus necesidades morales, limitadas, claro es, a mínima expresión. Nada de complicaciones espirituales, que a cosa buena no conducen ciertamente, y, en cambio, roban sosiego, salud y hasta dinero, y todo ¿para qué? La existencia hállase sabiamente compuesta; desde Dios a los senadores vitalicios, pasando por infinidad de reyes, de sabios, patriarcas y profetas, se han molestado en organizarla inventando leyes hasta para el más trivial de los gestos; no existe, pues, utilidad en violar tales preceptos inventando otros a nuestra imagen y semejanza, cosa en sí misma peligrosa y propia de espíritus orgullosos, rebeldes, llamados a parar donde páraronse siempre cuantas rebeldías en el mundo han sido. Además de todo, bien miradas las cosas, no deja de haber una cierta comodidad en ese complicado engranaje de leyes; no hace falta pensar, no hace falta preocuparse de guiar el peligroso carro de nuestra voluntad. Para los espíritus mediocres es mucho más cómodo dejarse llevar. Casarse cristianamente, sin exageraciones nocivas; casarse después de medir bien el pro y el contra, de contrastar la semejanza de posición y de contar el dinero; vivir *en gracia de Dios*, ser buenos cristianos, sin caer en beaterios; caritativos, cuidando de que la caridad no pasase de las sobras estrictamente; ser bueno con los inferiores, a condición que trabajan

todo lo humanamente posible; hacer un culto de la amistad, bien entendido, cuando no compromete ni el bolsillo ni la tranquilidad, y amar a la familia, repitiendo, sin cesar, el estribillo: «parientes y trastos viejos, pocos y lejos», tal fué siempre su ideal. Todo sin perjuicio de esgrimir perpetuamente el deber y la ley como salvaguardias de su tranquilidad y como saludable disciplina contra las extramilitaciones de los demás. Natural que quien tan parcamente entendía y servía deberes morales no iba a complicarse neciamente la vida con otras necesidades e inquietudes. La pasión quedó, pues, excluída del *diario* como se excluía el *foie-gras*, plato caro, indigesto y de poco provecho; excluíanse también otras dilecciones livianas, como el lujo excesivo, la limpieza exagerada («una mujer honrada no necesita andar por dentro como una comicucha», frase que repetía, satisfecho, con frecuencia don Teodomiro); excluíase, no faltaría más, el juego, los bailoteos, en fin, todas esas *porquerías* que han inventado gentes necias o viciosas.

En cambio, con arte y equilibrio habían llegado a un bienestar que sobrepujaba en mucho el bienestar de la *honrada clase media*, y casi se metía de lleno en la aristocracia. Entre unas finquillas que poseía ella en Zamora, unos miles de duritos que tenía él en el Banco de España, y su sueldo, realmente óptimo, en la Compañía de Seguros, los señores de Revilla podían decirse, no sin razón, ricos. Con meticuloso orden y rígida economía, con un egoísmo *que excluía el egoísmo,* arreglaron sus gastos, y así pudieron permitirse el lujo de aquel hotelito en la Ciudad Li-

neal, el jardín, el huerto (que también les ayudaba en su régimen de cocina) y las dos criadas. Todo, sin contar algún viajecillo veraniego a Asturias o Santander. Para compensarse de tales derroches, la vida íntima era severa, en una supresión absoluta de lo superfluo. Al volver a casa cambiábanse (siempre y cuando no esperasen visita) la ropa lujosa de calle por otra vieja y deslucida; luz, poca; libros, alguno prestado, si acaso; periódico, aquel a que estaban suscriptos, y pare usted de contar. Nada de convites ni de cuchipandas; nada de huéspedes ni gorrones: que cada cual comiera en su casa si tenía de qué. Una excepción hacían, sin embargo, en honor de Serafín, el hijo de una hermana de don Teodomiro, que muriera en el parto. En un rasgo de caridad, que se reprocharon toda la vida, ante los apuros del padre infeliz, brindáronle al chico unos meses de hospitalidad, que, muy contra su deseo, repetida periódicamente en la infancia del mocoso, que crecía esmirriadillo, amarillento, comido de costurones de escrófulas y que era desvergonzado como un mico. Luego, al llegar a la edad de tomar carrera, metióseles por las puertas, y, como nadie es perfecto, no tuvieron corazón para decirle que no.

Había el matrimonio Revilla escalado el escalón central en la escala de la vida. Escalar... escalón... escala... Sin embargo, sería imposible hallar otras palabras más gráficas; de tal modo evocaban esos viejos cromos que aun se ven en algunos bazares de la calle de Toledo, y que representan la escala de la existencia. Ellos la habían ascendido así, normalmente, escalón por escalón, sin vacilaciones, sin sa-

cudidas, paso a paso, infancia, niñez, adolescencia, mocedad, plenitud, y al igual, paso a paso, descenderían hacia la tumba que se abría al fin de la escala. Y era esta tan igual, tan clara, tan perfecta, daba en su ángulo de tal suerte la sensación del nacer y del morir, que sin quererlo preguntaban uno *el porqué* del recorrido, *para qué* servirían aquellas vidas que tenían su trayecto más netamente marcado, en que no cabía lo imprevisto y que dejarían la misma huella que el cohete en el aire o el pez en el agua.

La cuarentena de Julia era apetitosa: un poco fofa y opulenta, pero apetitosa. Tenía las carnes muy blancas, esa gordura blanda de las mujeres españolas; el color algo desvaído y malsano, la boca golosa y roja, los dientes feos, un poco amarillos, el cabello castaño y los ojos gachones, muy tiernos y acariciadores. En cambio, don Teodomiro, en la cincuentena había dado el bajón definitivo, aunque conservándose ágil, espigado y fuerte. Flaco, la cara amarillenta, quizá verdosa, y arrugada; la boca, bajo el bigote ralo e hirsuto, abominable en la exhibición de unos dientes podridos sembrados a diestro y siniestro; la frente, lívida, muy alta, surcada de gruesas venas bajo el bisoñé canoso, y los ojos fríos, amarillos, tras los lentes montados en oro. Con los años habíasele secado la fuente de ilusión, y era atrozmente práctico, implacable para las debilidades de los otros. Parte en ello tendría, indudablemente, la presteza con que realizara sus deseos y la absoluta impotencia espiritual para crearse otros.

En el bochorno abrumador de la tarde, de fines de agosto, Julia ambuló un momento por el jardín, falta

de rumbo fijo, huyendo, sin saberlo, de la sensación de malestar que le acometiera inopinadamente en el comedor.

Aunque prima tarde y en plena canícula, sentíase ya el declinar del día y el declinar estival. La luz era cegadora, el cielo añil; el sol ingente lo llenaba todo, y pese a ello sentíase una melancolía desolada, algo que daba ganas de llorar.

Al fondo, el *hotelito*, presuntuoso y banal, aparecía en una pompa de rosales en flor; ante la escalinata, imitación de piedra, con su aparatosa balaustrada adornada de jarrones verdes, en que ardía la púrpura aterciopelada de los geranios, extendíase el parterre, y, en él, la gloria alba y áurea de las azucenas se alzaba petulante.

Un aroma fuertísimo lo llenaba todo, y Julia sentíase embriagar de perfumes mientras acrecentábase su angustia. Deseaba violentamente el contacto del agua fría, del mármol, del metal, de algo, en fin, que le devolviese la sensación de frescor, que rompiese el encanto viscoso, tibio, pegajoso de aquel baño en que se sumía.

Volaban las mariposas libando de flor en flor; en los dos únicos árboles que adornaban el jardín oíase el rumor, que no llegaba a ser canto, de los pájaros, y el agua manaba gota a gota del surtidor.

El malestar se acentuaba; entonces, infinidad de imágenes agolpáronse a su imaginación. Primero eran confusas, indescifrables; luego hacíanse más claras y concisas, en fin, tomaban cuerpo en mil detalles triviales.

Su sobrino era un puerco, un sátiro; de aquel día



no pasaba el darle cuenta al pobre Teodomiro, que le tenía por un ángel. ¡Sí, sí, buen ángel nos dé Dios! Otra vez había encontrado en el cajón de su mesilla de noche un número de aquel indecente periódico, lleno de mujerotas descocadas... ¡Pues y la criada! ¡Buena puerca era la tal! ¿Qué demonios iría a buscar a cada momento al cuarto del jardinero? ¿Se entenderían? Por un momento la escena presentósela con atroz crudeza, y *vió*. Los detalles más repugnantes ofreciéronse a sus ojos con claridad extraordinaria.

Hizo un esfuerzo para alejar aquel cuadro, y entonces apareciósela otra vez Serafín, pero un Serafín desconocido que le hacía mil muecas indecorosas de mico lúbrico y desvergonzado. ¿Pero qué era aquello, señor, que era aquello? Hacía días, meses tal vez, que su austera castidad veíase turbada por imágenes de una obscenidad monstruosa. Empezó una tarde primaveral, sin saber cómo, ni por qué, con la evocación de las préteritas delicias conyugales. Disfrutaba, tendida en una mecedora, de aquel reposo que era su ideal burgués de bienestar; no leía, ni cosía, ni pensaba, pues que no se puede llamar pensar al vago desfilar de escenas vulgares e indiferentes, que ni tan siquiera llegaban a fijarse bien, sino que eran como fotografías mal reproducidas por insuficiencia de exposición. De improviso se estremeció como si la hubiesen hecho cosquillas con una pluma en el cuello, y la imagen plasmó. Inconscientemente deleitóse en ella, y cuando realmente dióse cuenta, hallóse palpitante, la boca seca y el rostro ardiente. Desde aquella hora la vida desdoblóse; las cosas tenían formas hasta entonces no viables; las más vulgares

e inocentes deformábanse en raras interpretaciones de una lascivia contrahecha, enfermiza y ansiosa. Sin quererlo pensaba siempre en cosas malsanas, tocadas de vagas concomitancias con la cuestión sexual; en todas partes creía adivinar obscuros símbolos, imperceptibles semejanzas, deseos pecaminosos, influencias. Las cosas más vulgares revestían a sus ojos apariencias de una lascivia concentrada y calenturienta, que rayaba en dolorosa.

Paralelo a aquél, un fenómeno curioso tenía lugar en el espíritu de su marido; en él, una irritación violenta y concentrada, era a modo de revulsivo contra cualquier insinuación carnal. Según envejecía, a medida que su afección hepática adquiría incremento, igual que su rostro tomaba entonaciones terrosas y amarilleábale el blanco de los ojos, su espíritu también bañábase en ácidas tonalidades. Odiaba el amor y la voluptuosidad hasta en sus más altas acepciones; pero este odio adquiría furores casi de vesania contra cuanto tuviese el más leve matiz de liviandad o de pecaminoso deliquio sensorial. Hablaba con asco, que iba hasta la náusea, de los contactos carnales; anatematizaba a las que se revolcaban en el cubil de Epicuro, y ponía tal saña, tan menuda y encarnizada rabia en la anatema, que no parecía sino que él mismo purgaba con alguna horrenda enfermedad un pecadillo amoroso. Las criaturas que viven del amor, para el amor o en el amor, eran unos sucios cretinos, o mujerzuelas, o rameras miserables que merecían ser azotadas, emplumadas, paseadas a la grupa de un burro o quemadas en la plaza pública. Y, cosa rara, aquel odio excitaba las ideas enfer-

mizas de la mujer, que, en vez de extraer su moral, sacaban mil evocaciones, en que la obscenidad lindaba con el sadismo.

En el bochorno húmedo y perfumado del jardín, la obsesión, en vez de esfumarse, se acentuó. Poco a poco, como cuentan que sucedía en la vida de las santas penitentes que se retiraban al desierto, imágenes solaces la atormentaron. No eran ya sugestiones ni deformaciones de escenas, sino transformaciones de los objetos más comunes, que adquirían, por no sé qué misteriosa metempsícosis, formas, contornos y colores que retrataban, primero vagamente, luego con fuerza, atributos sexuales de una monstruosidad inquietadora. Raros acoplamientos tenían lugar ante sus ojos; ayuntamientos absurdos, contactos imprevistos, esquemas de gestos, fálicas representaciones le turbaban. En la maravilla de la tarde azul y oro todo se animaba con una vida animal. Hasta la gracia virginal de las azucenas se mancillaba, y las flores albas ofrendadas a María convertíanse en cosas de una indecente procacidad, en atributos de vicios y deseos inmundos.

Desfallecía...

II

EL HOMBRE JOVIAL

La risa chillona, un poco afectada y un mucho aguda de Esperanza Ruilón, sonó desagradable en la semipenumbra del gabinete.

La señora de Bonilla Peregrino, carnosa, gorda, fofa, blanca de polvos de arroz, que el sudor arrastraba implacable, murmuró, poniendo los ojos en blanco y haciendo alborotarse los ricillos que le caían sobre la frente con el vehemente agitar del abanico:

—¡Jesús, Jesús, qué cosas!

Fuera era la siesta agosteña, con su calma amodorrada. Una paz pesada, de sueño, caía a plomo sobre todas las cosas, y, en el silencio de fuego, sólo algunas mariposas volaban lentas, tan lentas, que parecían misteriosas flores, esmaltadas de peregrinos colores, suspendidas en el aire. Por las persianas cerradas filtrábase un poco de luz, la suficiente para, manteniendo la húmeda frescura de la estancia, alumbrar el lujo del gabinete burgués.

Era en la habitación, pequeña y no muy alta de techo, con los muros pintados de verde claro, un lujo convencional de clase media que se enorgullece de serlo o, a lo menos, hace gala de ello, convirtiendo la burguesía en una a manera de aristocracia. Sillería de roble y cretona rameada de un falso Luis XV, espejo con marco de cretona, unos bordados chinos rojos y azules, con pájaros de oro, mecedoras y un velador con tablero de mármol, sobre el que reposaba un centro de búcaros, con flores artificiales, tal era el ajuar. Un gran ventanal daba sobre el jardín, y oíase el zumbar de un insecto que tropezaba contra los cristales.

Las tres amigas, reunidas en su habitual tertulia, hablaban azotando contra el vidrio de unos cuantos lugares comunes como el moscón azotaba los cristales. Aquella reunión vespertina era el encanto de su vida; mejor dicho, de aquella reunión emanaba el encanto que relucía en las fechas culminantes, ni muy frecuentes ni muy notables, de su existencia. Efectivamente, sin aquella tertulia en que contar y medir, la invitación a casa del Director general, el estreno del vestido, la ida al teatro o a la conferencia del Ateneo, estas cosas carecían de valor, puesto que en casa del Director general se aburrían, el vestido les estaba incómodo, no hallaban recreo intelectual en el teatro y se aburrían francamente en el Ateneo.

Eran cuatro, vecinas las cuatro en aquellos hotelitos con paredes de cartón, las habituales. Claro que brillaba, en primer término, la dueña de la casa, que, además de todo, en aquella cónclave era la en-

cargada del negociado de anatemas. Jamás censor alguno mostróse más duro e implacable contra las debilidades ajenas, ni fulminó excomuniones con mayor prodigalidad. Sobre todo, contra los pecados de la carne era inflexible, y las mujeres livianas no hallaban en ella piedad.

De las otras tres, doña Amalia Bonilla Peregrino, por su posición desahogada y su situación de viuda de un general, era la que más autoridad ostentaba. Atacada de obesidad, sus carnes, flácidas y gelatinosas, desbordaban por encima del corsé, y bajo el traje de seda corinto se les adivinaba blandas y tibias, estremecidas al menor contacto. Gustaba de engalanarse con ricas joyas, de las que poseía abundante colección; de perfumarse con esencias fuertes y lucir un calzado impecable, que realzaba la pequeñez inverosímil de sus pies. Y, cosa rara, aquella dama, de ojos húmedos y dulzones, padecía de monomanía erótica. Su erotismo era, sin embargo, eglógico, pastoril, un erotismo que hablaba del arrullo de las palomas, de los enamorados célebres, de paseos románticos por los lagos y de noches de plenilunio en el jardín. Diciendo todas aquellas cosas bonitas, parecía derretirse de amor.

Forma más áspera y ácida revestía la pasión erótica de Esperancita Ruilón. Separada de un marido borracho, jugador, pendenciero y mujeriego, hablaba del amor con una acritud violenta, cínica y desvergonzada. Decía cosas enormes, e involuntariamente evocaba a cada momento imágenes de una salacidad casi enfermiza. Todo para aquella mujer reflejábase en la vida sexual, y hallaba, para los he-

chos más nobles como para los más triviales, obscuras génesis en el deseo. En realidad, su noviazgo y su vida conyugal daban la clave de ello. Señorita de la clase media, hija de un empleado de mediano sueldo, vivió la existencia lujosa de paseos, teatros y veraneos en la Sierra. Se empolvaba, se pintaba, exageraba las modas, se perfumaba, bailaba, hacía excursiones campestres, leía novelas y revistas... La criada, vieja, desbaratada, enferma de reúma, la vigilaba mal; confesándose impotente para dominarla, cerraba los ojos y prefería ignorar. Tenía éxito: pequeñita, morena, vivaracha, con grandes ojos negros y labios blandos y jugosos, como pulpa de fruta madura, despertaba el deseo, y con él provocaba esos furtivos contactos fáciles en las promiscuidades *de la vida de sociedad.* Prostituyóse... hasta donde puede prostituírse una virgen, sin menoscabo de lo que, por llamarlo de algún modo, llamaremos su virtud. En aquel círculo fácil conoció a su marido. Era el más audaz, el más desvergonzado, el más emprendedor. Y empezó el noviazgo. Se amaron, se amaron con pasión, mejor dicho, se desearon ardientemente. Los bigotes rubios de él y sus ojos verdes, que chisporroteaban, la alocaron. Y fué una rapsodia de caricias rápidas, de rozamientos fortuitos, de contactos livianos. Pero, pese a su exaltación, Esperancita supo resistir, y, exasperado él, se casó. Claro que la prosa de la vida echó en seguida un jarro de agua fría sobre aquellos entusiasmos, y que la escasez de dinero y la carestía de las subsistencias minó el idilio. Pero, separados ya, la mujercita, ardiente y fervorosa, siguió abrasándose en el fuego

que había encendido, y, devorada de deseos y privada de satisfacerlo, su visión sexual se hacía amarga, hórrida, crispadora. Inventaba las mayores enormidades, creaba monstruosidades dignas de las reinas antiguas que viven entre las páginas de la Biblia o de la Mitología, buscaba vicios inéditos, lujurias quintaesenciadas, desviaciones genésicas, que entraban de lleno en los anales del Pentápolis, y todo ello, con mil detalles agravantes que iba acumulando, atribuíaselo a sus amigas íntimas. Y llegaba, en el calor de la improvisación, a afirmar que ella misma lo había visto, con sus propios ojos. Entonces, en el disparadero ya, evocaba la escena con gran lujo de detalles, iba acumulando mil salacidades rebuscadas, y llegaba a dar la sensación de que la extravagante aventura era cierta.

En cuanto a la cuarta contertulia, Carmelina Pacheco, era hija de la Pacheco, la famosa cantante. Muy mal educada, frívola, superficial, vana, incongruente, amaba el lujo para deslumbrar a los demás, y era sucia, perezosa, embustera y envidiosa. Se había casado para ser libre, para no aguantar a su madre, insoportable en su infatuada necedad de gran artista, y, realizado su ensueño, no se ocupaba de nada, ni la importaba nada. La casa andaba manga por hombro; faltaba y sobraba todo con absurdas alternativas, y ella misma pasaba el día desgreñada, sin lavarse la cara ni ponerse el corsé. Así transcurrían muchos hasta que uno, compuesta, emperifollada, con un lujo chillón, escandaloso, cargada de alhajas falsas y apestando a almizcle y a rosa, iba a un té de Hotel, o a un teatro, por necesidad de ti-

marse con alguien, de tomar *varas*, de sentirse deseada, para luego, en el lecho conyugal, besar en su marido a todos los demás hombres.

Porque lo más notable era que en aquella tertulia en que se había hecho de la castidad un culto y del pudor ley, la obsesión obscena atormentaba a todos. Aquellas mujeres que se creían vestales de un fuego sagrado eran como monas enfermas de ninfomanía.

Algunas veces concurría también Serafín, amarillento, escrufuloso y cetrino, y entonces sus ojos, de una penetracción fría y perforadora, desnudaban a doña Amalia, recreándose en las flácidas carnosidades, durmiéndose en la tibieza de recatados rincones, o bien estudiaban en *virtuoso* las pantorrillas de Esperancita, o regalábanse del color malsano de Carmelina Pacheco.

Su tía adivinaba aquel lúbrico desnudar de sus amigas a que el muchacho se entregaba con delección, y sentía vergüenza, vergüenza y también ira contra sí misma, al sorprenderse curiosa de *aquellas porquerías*.

De tarde en tarde, don Teodomiro acudía también, y entonces era un areópago donde las cuestiones elevábanse a raras excelsitudes de cumbres de moral.

Aquel día las cosas deslizáronse por las trilladas veredas de siempre. Primero, Julia lamentóse del calor, de la carestía de la vida, del poco movimiento que se veía allí, por culpa de la dichosa manía de emigrar a las playas del Norte; Carmelina, embustera, ponderativa y trivial, habló de sus planes, de fantásticos veraneos, de los trajes que *se iba* a hacer, de

las joyas que *se iba* a comprar. Luego, al llegar el otoño, pensaba dedicarse al arte, como su madre. Estaba cansada de la monotonía del burgués; iría a Italia...

De allí tomó pie doña Amalia para escribir una página romántica. ¡Italia! ¡Tierra maravillosa del amor! ¡En Italia era precisamente donde ella, la viuda de Bonilla, había sentido deslizarse las mejores horas de su existir! ¡El cielo añil de Nápoles, las glaucas lagunas venecianas, la campiña de Roma!... Esos fueron los lugares donde ella vivió idilios dignos de Teócrito... En los museos...

La idea de los museos sugirió a la imaginación obsesionada de enfermizas obscenidades de Esperancita un chisme gravísimo de que salía malparada la mujer, y con ello la honra, del coronel Gitano.

—Sí, sí; figúrense ustedes qué barbaridad: como esta mañana, con la tormenta, no podía dormirme, se me ocurre asomarme a la ventana, a ver si corría un poco de aire que disipase el bochorno. La ventana da sobre el corral de la coronela, estaba la puerta de la cuadra abierta y..., ¡no quieran ustedes saber lo que vi!... ¡La muy cochina, tirada entre las bestias con el asistente, los dos medio desnudos y haciendo horrores, verdaderos horrores!... ¡Parecía cosa del Museo secreto del Vaticano!

La dama, llevada de una punible manía de llenar de cuantos indecorosos mamarrachos se le ocurrían el Museo secreto del Vaticano, no perdía coyuntura de enriquecer la colección, con lo que, además de todo, procuraban la complicidad de los pontífices y los grandes artistas.

Flotó un momento la imagen obscena en el aire, con la netitud con que aparecía en una pantalla cinematográfica. Un leve malestar apresuró las respiraciones de las cuatro mujeres, y los abanicos se agitaron con más fuerza. Entre dos suspiros, protestó la Bonilla:

—¡Qué atrocidad! ¡Parece mentira que haya mujeres con tan poquísimo pudor!

Julia anatematizó con exagerada indignación, mientras sus fauces se secaban:

—¡Esas mujerotas merecían que las azotasen y las emplumasen luego!

Desdeñosa, Carmelina musitó:

—¡Asquerosa... con el asistente!... ¡Y qué incómodo!

En aquel momento abrióse la puerta y apareció don Teodomiro. Venía imponente de fealdad: en el rostro verdoso, los ojos de batracio se hinchaban tras de los gruesos cristales de los lentes, montados en oro, mientras que el sudor perlaba su frente. Venía vestido de alpaca gris, con corbata azul a grandes lunares blancos, anudada en lazo; en una mano un jipi falso, y en la otra un abanico con la *rueda de la fortuna*. Tras él entró un hombre muy gordo, de enorme panza, blanda y colgante, calva casi indecente y rostro jovial.

El señor Revilla, presentó:

—Mi amigo Perseo Cacharro, un compañero de la infancia, que viene a pasar unos días con nosotros, mi señora...

III

FALSTAFF

Con compunción Julia acabó su historia:

—Así es que la dejaron sin un cuarto. La pobrecita, sin comerlo ni beberlo, pagó el pato...

Don Perseo corrigió:

—Dejó a deber el pato, querrá usted decir...

Rió el matrimonio. Aquel maldito hombre, con enarcar las cejas y poner los ojos en blanco, provocaba la hilaridad, sin haber menester de otra cosa. ¡Luego tenía unas ocurrencias! ¡Parecían cosas de almanaque!... Hacía años que el buen Cacharro vivía en espíritu entre ellos. En sus ratos de buen humor, no muchos ni muy brillantes, Teodomiro le evocaba ante los ojos de su mujer: «¡Si vieses qué ocurrencias las de Cacharro! ¡Tenía una gracia! ¡Unas caídas!» Y Cacharro fué para la cautiva el prototipo del hombre gracioso.

Con pena, don Teodomiro decidióse ahora a romper la magia de la sobremesa y a lanzarse en el horno de la tarde septembrina, en que parecían arder,

con insólita vehemencia, los últimos fuegos del verano.

—Nada, les dejo a ustedes... Justamente hoy tenemos un dichoso asunto que nos está dando mucha guerra...

Bebió un sorbo de agua, cogió el jipi, y dijo, a modo de despedida:

—¡Vaya, a ver si Dios quiere que coincida con el tranvía!... Parece cosa de burlas; pero basta que lo espere uno para que no llegue nunca...

Permanecieron solos frente a frente.

Por la abertura que quedaba entre la persiana y el barandal del balcón se veía, en un sol cegador, la mancha esmeralda de la hierba y la roja sangre de los geranios. En el cuarto, de paredes blancas, adornado con bodegones encerrados en presuntuosos marcos dorados, y grandes muebles de roble falso, hacía calor, mucho calor, un calor denso y agobiante, y olía a comida y a sudor. Sobre la mesa, puerca y en desorden, cubierta de migas de pan, de copas vacías y de platos sucios, brillaba la policromía de las frutas, en una gloria floreal de púrpuras y violetas. Moscas, infinitas moscas volaban en torno a los restos, lentas, pegajosas, insoportables, y una cotorra, toda verde, empeñábase en cantar el *Himno de Riego*, sosteniéndose con una pata sobre su soporte de zinc.

Apenas solos, habíase hecho el silencio, un silencio incómodo, por así decirlo, un silencio falso, como si callasen precisamente por tener demasiadas cosas que decirse. Contemplábanse silenciosos, con el rabillo del ojo, presos ambos en aquella extraordina-

ria e irrazonable turbación, que se enseñoreaba de ellos, apenas veíanse libres de testigos.

Julia estaba guapa aún, guapa en su matronil belleza que la soltura de la chambra, de cegadora blancura, adornada con puntillas, y la ausencia del corsé dejaban adivinar harto fácilmente en el triunfo de carnosas opulencias, pomposas y exuberantes. El cuello de batista abierto descubría el suyo apetitoso, fresco aún, y el nacimiento de los hinchados senos. Su rostro, embadurnado de polvos, agraciábase con la boca roja, húmeda y golosa, y los ojos tiernos y dulces. Tenía ahora entornados los párpados; pero por entre las largas pestañas se adivinaban las pupilas prevenidas y también infinitamente curiosas.

En cuanto a don Perseo, yacía en su derrengamiento de hombre gordo, fofo, blando, con blandura de goma. Tenía puesto un pantalón de dril blanco, que dibujaba la enorme panza y hacía más cortas las piernas; una camisa cruda, de cuyo cuello desabrochado emergía el suyo de toro, cuadrado, enorme, abultado en el cogote. En aquel montón de grasas ahogábase la cabeza, pequeña y calva; el rostro muy rojo, estriado, de venas azules, en que se levantaban muy altos los arcos de las cejas, y en que los ojillos pequeños, que, hundidos entre bolsas de carne, apenas eran dos arañazos, brillaban maliciosos. Encarnaba Cacharro el verdadero tipo del hombre gordo, en la aplicación jocosa de la palabra. Bastábale abrir la boca para hacer reír a los demás, y sabía poner tal cara de embobado asombro al pronunciar una palabra trivial, que atribuíasela, sin querer, un sentido cabalístico lleno de mordacidad. En el fondo,

muy en el fondo, un observador sagaz hubiera visto bajo la trivialidad de aquella apariencia una serie de deseos que sólo con el sacrificio de la propia dignidad, en aras de la diversión ajena, podían tener satisfacción. Hay hombres obesos, cínicos y jocosos, cuya jocundia no tiene, en realidad, otra razón de ser que esa. Incapaces de sacrificar su voracidad ni su pereza para conservar una apariencia grata y airosa, se refugian en lo burlesco como en un disfraz que les ayuda a triunfar.

Frente a frente, pues, callaban, cohibidos, buscando vanamente el terreno neutral, la conversación vulgar y salvadora. Hacía días, casi desde el momento en que se vieron, vivió entre ellos el equívoco. Julia, encontrándole odioso, sentía por él tal repugnancia física, que casi era deseo: un deseo, o más bien curiosidad, que le evocaba en las más extravagantes actitudes de la vida sexual.

Desfallecía la dama de un mal ignorado, de un mal de representaciones sucias y malsanas, de obsesiones lúbricas de una intensidad rayana en la fiebre.

Don Perseo, a su vez, deseábala; deseábala rabiosamente, con ese afán temeroso y angustiado con que miramos una fruta que adivinamos muy madura y que, sin embargo, sabemos imposible.

Prolongaban el silencio en la modorra de siesta, que invadía todas los cosas. Lejos, al otro lado del huerto, en los lavaderos, oíase la voz de la criada, que cantaba una copla; el loro, en su percha, repetía incansable:

Nosotros coronamos a Riego.

. . . .

Y todo moría o se adormecía como en el palacio de la Bella Durmiente.

De improviso, al silencio sucedió un chorro interminable de palabras. Don Perseo Cacharro, reintegrado a su papel, hablaba locuaz y profuso, hacía chistes, decía colmos de almanaque. Poco a poco habían ido cambiando de color, tiñéndose de un verde subido, y los cuentos, que en un comienzo eran baturradas o andaluzadas, eran ahora francamente pornográficos.

Con el pretexto del calor y de la comodidad fuése a instalar a una mecedora, quedando junto a la mujer de su amigo.

Julia le sentía a su lado, muy cerca, insinuante, lúbrico, todo trepidante de deseos. Sentíale jadear y percibir su olor fuerte y áspero a macho en celo. Por la camisa abierta veía, sin quererlo, el pecho ancho y velludo, los ojos de alimaña montaraz, fijos en ella, y los labios, violáceos, contraídos en una mueca de deseo. Comprendía que debía de hacer algo, irse, por ejemplo, ¡y no podía! Pensaba que tal vez fuese peor; que si todo eran figuraciones suyas, falsas alertas, no servirían sino para ponerla en ridículo, para que él se riese de sus repulgos de jamona, y, ¿quién sabe?, tal vez para sugerirle ideas pecaminosas que podía estar muy lejos de sentir. Era un caballero, un amigo de su marido y tacharíala de fémina desvergonzada y provocativa, y puede que hasta de Mesalina. Pero por encima de todas aquellas disculpas que se brindaba a sí misma, había que se sentía incapaz de moverse, incapaz de luchar ni de resistir, con una pereza de obrar que era entrega tácita.

El, cada vez más cerca, seguía contando cuentos de cuartel, recreándose en las descripciones, deteniéndose con voluptuosidad en los detalles, de un naturalismo de minuto en minuto más descarnado y ponderativo.

—A mí, la tal Esperancita me hacía el efecto de una mona encelada... ¡Vaya una niña!... ¡Se debió dar un verde con su pobre marido, que ya, ya!... Cuando ve un hombre... La otra, la Carmelina, también es una joya... A mí me parece una de esas mujeres que no se lavan, no se peinan, pero se embadurnan de polvos de arroz y se perfuman de pachulí y andan todito el santo día en bata y chancletas por la casa haciendo tiempo para ir donde haya rico magno...

Otra pausa en que se exprimen mutuamente. Al fin, como ella, incapaz de decir nada, callase, él prosiguió:

—¿Se la hace larga la tarde, verdad?... ¡A quién se le ocurre, como no sea a Teodomiro, meter a una mujer de sus méritos entre cuatro paredes..., y a pan y agua, como quien dice!

Muda, Julia, no se dió él a partido.

—Porque usted es joven y guapa... Y ¡mecachis!, por qué no decirlo, apetitosa, y claro, el cuerpo pide lo suyo... —Calló un momento, y después, como si lo hiciese para sí mismo, habló—: Porque apetitosa, vaya si lo es.... ¡una real hembra! Con unos ojos y un cutis, y unas formas... —Le pareció que había ido demasiado lejos y se refugió en los recreos de salón.

—¡Hola! Voy a contarla un cuento..., ¡mecachis!; es un poquillo verde, pero tiene la mar de gracia...



—Y como ella callase, y el que calla otorga, comenzó—: Pues, señor, había una vez un santo varón que era, eso, un santo varón, aunque ¡mecachis!, de joven tuvo sus más y sus menos, como cada hijo de vecino. Pues, señor, por más que en edad muchachil fué un tarambana, y le gustaban las rubias y las morenas, las flacas por el aquel de que eran apretaditas de carnes, y las gordas porque lo mucho bueno no daña, es el caso que un día se enamoró como un burro de la princesa de Cachemira, y como ella no le quiso tocar, fué Dios quien le tocó en el corazón (claro que él hubiese preferido que la *gachí* fuese quien le tocase, y en otra parte; pero en fin...). Y se fué a un desierto. Allí el diablo, que por lo visto no tiene nada mejor que hacer que preparar funciones de cuadros vivos, para solaz de los ermitaños, le tentó de mil maneras, mandándole prójimas hasta allá, ofreciéndole banquetes, junto a los que los del Ritz eran una porquería, y haciéndole mil perrerías; pero el buen señor se las tuvo tiesas con el mismísimo demonio.

»Ya creía todo el mundo que era invulnerable, cuando una noche tormentosa, el fraile, que comenzaba a dar la partida por ganada y que iba fiando en su castidad, oyó que llamaban a la puerta. Aunque no le gustaba abrirla después de anochecido, porque no sabe uno nunca qué demonio se le puede meter por las puertas en forma de peregrino gorrón, era tal la tormenta, soplaba el aire de un modo tan furioso y era tan temerosa la obscuridad, alumbrada con rápidas intermitencias por la luz lívida de los relámpagos, que tuvo lástima del viajero,

y, recordando aquello de dar posada al peregrino, franqueó la entrada al recién llegado.

»Venía el tal chorreando agua por todas partes, envuelto en un viejo capote de monte y tiritando de frío. Acercóse al fuego, soltó la manta y, ¡oh asombro!, era la mismísima princesa de Cachemira. ¡Y hay que ver qué princesa! Con un cuerpo escultural, blanco como la leche, suave como el terciopelo!... ¡Y unas formas! ¡Qué formas: unas curvas que trazaban los senos como dos meloncillos, las caderas de ánfora!...»

Mientras hablaban, la voz se hacía bronca, gutural; jadeaba, los ojos chisporroteaban y la cara era color de berenjena. Las manos, temblorosas, trazaban sobre el cuerpo de la señora de Revilla, sin rozarlo, pero pasando muy cerca de él, las hiperbólicas magnificencias de la princesa legendaria.

Julia desfallecía, los ojos casi cerrados y la boca jadeante también. Le sintió cerca, muy cerca; su aliento le quemó el rostro; luego una mano torpe e impaciente soltó los botones de su blusa, y los dedos, secos y ardientes, manosearon los pechos, blancos y pomposos, y trataron de soltar el cinturón para acariciar el vientre, redondo y suave.

Estremecida, agonizando, gimió:

—¡No, no, por Dios!... ¡Está mal, muy mal esto!

Pero unos labios besaron con furor sus labios, y, mientras resbalaba a tierra, se sintió morir.

IV

LAS COMADRES

Al oír pasos en el pasillo no tuvieron los culpables tiempo sino de incorporarse y adoptar una actitud discreta, tratando de arreglar los desperfectos causados en su indumentaria por la batalla pasional. Así todo, al abrirse la puerta y entrar Esperancita Ruilón apenas si habían acabado de sentarse, adoptando una actitud seráfica. Pero, pese al fingido recato, había algo de extraño, de anómalo en ellos. Julia, muy sofocada, tenía el cabello alborotado y el rostro muy rojo; en cuanto a él, congestionado, casi violeta, limpiábase el sudor, que resbalábale por el rostro y empapaba sus ropas. Además, el principio de la conversación fué torpe y balbuciente, falto de la naturalidad, la indiferencia amable, la soltura que le caracterizaba otros días. Notábaseles turbados, preocupados con otros pensamientos, teniendo algo, en suma, que ocultar. Las palabras ya no brotaban naturales y espontáneas, sino que se medía, se sopesaba lo que iba a decir-

se, por miedo a que los sonidos interpretasen el pensamiento. Luego hacían afirmaciones rotundas, parecían buscar el uno la complicidad del otro, vigilarse para no incurrir en cotradicciones, prestarse aquiescencia y hasta apoyo e insistir mucho en algunos detalles, tales como lo reciente de la marcha de don Teodomiro, como si deseasen grabarlo bien en el pensamiento de su interlocutora.

Instintivamente, la Ruilón sintió un no sé qué extraño, anómalo; pero, justamente, llevaba un montón de porquerías que contar y no dejó cuajar la idea. Mas, a la siguiente mañana, despierta, en el gran lecho, donde con harto sentimiento yacía sola, en las nieblas de su cerebro brilló un relámpago de luz.

«Cochinos, más que cochinos, puercos, guarros, indecentes; ya sabía ella lo que estaban haciendo la tarde antes y lo que significaban todas aquellas explicaciones dictadas por la intranquilidad de conciencia!... ¡Y el cabrón de don Teodomiro en Belén con los pastores! ¡Si era para volarse!...»

No pudiendo resistir el peso de su descubrimiento arrojóse del lecho, mientras buscaba afanosamente con quién compartir el secreto descubierto. El suplicio del peluquero del rey Midas era una broma, comparado con el que comenzó a padecer Esperancita. Al fin, se dió una palmada en la frente, y no murmuró «¡eureka!», porque el «¡eureka!» le sonaba a cosa de zapatería. ¡Bah! Iríale con el cuento a Carmelina. La otra era aficionadilla a tales trapisondas, y aunque a aquella hora temprana —las doce de la mañana— no era de suponer que estuviese ya arreglada, para oír una confidencia de tal calibre

pocos arreglos eran menester. Vistióse, pues, de cualquier modo, y corrió a depositar el fardo precioso de su secreto en el pecho, un poco flojo ya, pese a su juventud, de su amiga.

La encontró en *toilette* asaz somera. Tenía los cabellos prendidos con papelitos, a que asignaba la generosa misión de rizarlos; la cara, cansada y ojerosa, embadurnada con polvos de arroz; los labios pintados de bermellón y de grasa, y los dientes sucios, tal vez para hacer juego con las uñas. Vestía una bata de seda rosa muy cochina, desgarrada a trechos, y unas pantuflas de hombre, viejísimas. Entregábase en aquel momento a la trascendental tarea de comerse un huevo frito, que nadaba en un aceite verdoso y espeso.

Casa y ajuar hacían juego con su dueña y señora en lo desastrados. Almorzaba en una esquina de la mesa de tocador, sobre la que había abierto un periódico viejo, y el pan rodaba entre los botes de afeites sin tapa y los grasientos frascos de perfume. La alcoba olía a suciedad y a pachulí, evocando vagamente una alcoba de prostíbulo. Por todas partes veíanse trajes tirados, sombreros de plumas mezclados con la ropa usada, guantes, abanicos y flores artificiales, confundidos con trapos, y, en fin, en la palangana, llena de agua sucia y jabonosa, nadaba un zapato de baile.

Esperanza lanzóse en la estancia casi sin aliento, impetuosa y fiera, y dejóse caer en una butaquita.

—¡Vengo... volada!...

En espera de noticias realmente sensacionales, Carmelina suspendió su grave tarea de comerse el

huevo y quedó con la mano en alto sosteniendo con los dedos, chorreando grasa, un trozo de pan mojado que goteaba lentamente sobre la bata rosa.

—¡Mujer! ¡Qué susto me has dado! ¡Tú dirás!

La otra se abanicó con furor. Luego, saboreando el éxito por anticipado, anunció sibilina.

—Cuando te lo cuente te quedas con un palmo de boca abierta y no la vuelves a cerrar en lo que te quede de vida.

Por si acaso, Carmelina acabó de zamparse el huevo, y luego, rascándose el moño con una horquilla, interrogó curiosa:

—Cuenta, mujer, cuenta...

La otra recreóse en impacientarla.

—Mira, es una cosa tan pasmosa, tan atroz, tan inverosímil, que si ayer me dan a escoger entre creerlo o creer que los bueyes vuelan, o que el sol sale de noche, opto por esto.

La desastrada se impacientaba.

—Me tienes como sobre ascuas... Vamos, criatura, suéltalo de una vez.

Esperancita tomó resuello, y luego dejó caer la noticia sensacional.

—¡Julia Revilla tiene un amante!

La oyente se mostró primero incrédula, luego, maligna.

—¡No puede ser!... ¡Tan vieja! ¡Qué valor el de él!

Ante la duda, el amor propio de la Ruilón se exasperó y lanzóse rabiosa a las afirmaciones rotundas.

—Lo tiene... ¡Vaya si lo tiene!

Carmelina mostróse reacia.


Jose Zamora
920

—¡Qué quieres que te diga!... No se por qué me parece inverosímil.

Indignada Esperanza, aseguró con aplomo irrefutable.

—¡Pues no lo es! Y yo misma lo he visto con estos ojos mortales que se ha de comer la tierra.

Carmelina encogióse de hombros.

—¡Pues mira que también es humor el de ese hombre!... ¡Si cuando dicen que nunca falta un roto para un descosido, dicen mucha verdad!... —Luego, curiosa:

—¿Y quién es el héroe?

Esperancita Ruilón saboreó por anticipado el triunfo. Miró conmiserativa a su amiga como si compadeciese su falta de penetración, tosió, volvió a mirarla irónica y, al fin, dió el nombre:

—Don Perseo Cacharro.

Carmelina, que jugaba delicadamente con la aceitera, volcóla sobre la bandeja de los peines.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... ¡Qué asco de mujer!... Y no soy difícil, pues por nada, por nada del mundo, ni por todo el oro de Rodschild, me acostaba con ese tipo.

Luego movió la cabeza, dubitativa:

—¿Pero estás segura, segura de ello?

Con brío, con la energía con que Doña Urraca defendió sus derechos a la villa de Toro, aseguró:

—Absolutamente segura. ¡¡Ab... so... lu... ta... men... te se... gu... ra!!

Luego, llevada de su malsano imaginar, narró la escena que no había visto; dijo cómo de sobremesa, y al ausentarse el calzonazos de don Teodomiro, ha-

bía empezado Cacharro con sus bromitas subidas de color; cómo la pazguata de Julia, que estaba derretida y deseando que cualquiera le dijese por ahí te pudras, a las primeras de cambio se deshizo como un puro merengue; cómo el sátiro, al no verse rechazado airadamente, fué tomando confianza y pasando de los dichos a las vías de hecho, y cómo, en fin, sus manos torpes y audaces manipularon en los senos ubérrimos de la jamona y llegaron a audacias irremediables.

Y lo más notable era que, llevada de su calenturiento imaginar, acercábase a la realidad de un modo pasmoso e igualábala, salvo en levísimos detalles.

La otra oíala ya indiferente, al parecer.

—Vaya, al fin y al cabo, ¿qué nos importa? Tan guarra es ella como él.

Un poco defraudada, la Ruilón se despidió de su amiga. Iría con la historia a la viuda de Bonilla Peregrino. Aquella era mujer capaz de sentir todo el espanto trágico de su revelación.

Pero no bien hubo salido, Carmelina, con una agilidad que desmentía sus aires de favorita lánguida, púsose en pie de un salto, mientras una sonrisa maligna contraía los labios pringosos sobre los dientes sucios. ¡Sería cosa de risa, digna de verse! Cuando el buey de Revilla se enterase...

Por un momento se detuvo, pensativa. ¿Qué haría? ¡Bah! ¡Con estar allí a la hora aproximada, ya lo vería ella!

Con actividad que no se le hubiera supuesto, fué de un lado a otro, buscando papel y tinta; al fin hállalo, e instálase ante una mesa. Empezó a escribir:

«¡Animal! Mientras tú eres un chupatintas indecente...»

Aquí se detuvo, vacilante. ¿Se conocería su letra? Sonrió, cínica. ¡Bueno, mejor! ¡Todo era inaugurar la moda de los anónimos firmados! Alguien había de empezar.

Prosiguió:

«... un chupatintas indecente, tu mujer, que es una cochina zorra...»

Parecióle poco. El caso era llamarla vieja, fea, cursi, ridícula...

Siguió adelante:

«... una cochina zorra, además de una vieja ridícula, una cursilona de siete suelas y una fantasmona, te la pega con el cerdo de don Perseo...»

Mordió el mango de la pluma, buscando desvergüenzas inéditas que arrojarla a la cara. Al fin creyó haber encontrado algo que valía la pena:

«Como eres un...»

Detúvose nuevamente. Ciervo, ¿se escribiría con uve o con be alta?... Recordó que más vale pecar por carta de más que por carta de menos, y decidió ponerlo con be alta:

«... eres un *cierbo,* la cornamenta no te deja ver más allá de tus narices. Mientras tú estás en la *ofisina aciendo* el burro, ella se regodea.»

Y firmó:

«Un amigo.»

Había caído una mancha de tinta, a la par que varias de grasa; pero como los anónimos no son planas de escritura para concursos caligráficos, ni orlas para felicitar a la familia por su santo, conceptuólo

bien así, y llamando a la criada, tras de ponerle sello, ordenóle que lo echase en el buzón del primer tranvía que pasase. Después, contenta de haber actuado de fatalidad, puso las tenazas a calentar para rizarse el pelo.



V

LA TRAGEDIA DEL BATRACIO

CUANDO don Teodomiro entró en la oficina, decidido a dormir su cuotidiana siesta sobre los legajos de papeles urgentes, no había nadie allí aún. Creyóse en el caso de cambiar unas impresiones con Isidoro, el conserje:

—¡Vaya pereza! ¡Buena está la gentecita hoy! ¡Ni uno todavía!

Isidoro, encantado de pegar hebra, le interrumpió:

—Pero, don Teodomiro, ¿no sabe que es la última de abono?... *Pa* mi ver que no vendrá *endinguno* hoy, por el aquel de los toros...

Revilla movió la cabeza, como si aquello le molestase mucho, aunque, en realidad, teníale sin cuidado.

—Verdad, verdad... Y que hace una tardecita... de agosto, aunque ya vamos para octubre...

El conserje corroboró amable:

—Mucha verdad que sí.

Como hubiera una pausa por falta de combustible

con que alimentar la conversación, el empleado se frotó las manos.

—¡Vaya, a trabajar!... Voy a meter mano a estos dichosos expedientes...

Isidoro aceptó la despedida.

—Yo también voy a dar una vuelta por ahí... —Luego, obsequioso—: Y si quiere un vasito de agua fresca, no tiene sino llamar... Justamente, mi señora tiene puesto el botijo que es una gloria...

Al llegar ante su mesa, don Teodomiro encontróse con una carta de letra desconocida, bastante mala, aunque muy en armonía con el papel, plebeyo y por añadidura sucio. Dióla unas cuantas vueltas, mirándola con esa desconfianza con que miraba cualquier carta de procedencia dudosa. Al fin pensó: «¡Bah, un pego!», y decidióse a abrirla.

En un principio no comprendió. Sosteníala en alto entre dos dedos, asqueado de su pegajosa suciedad y sin entender su contenido. Luego, la ortografía irritó su probidad gramatical de oficinista probo y meticuloso; sobre todo, aquella b alta con que su comunicante escribiera ciervo le producía ira. Leyó varias veces, sin entender lo que le querían, y al fin cayó: ¡Un anónimo! En él le insultaban, le dirigían mil soeces injurias, y... se referían a un hecho claro y concreto. Su mujer se la pegaba con don Perseo.

La impresión exacta que aquello le produjo no acertó a definirla. No era la quemadura del honor ofendido, ni la melancolía del amor befado y escarnecido, ni la ira del varón a quien roban la hembra; era rabia, rabia exasperada, furiosa, de egoísta a quien alteran en su calma, de topo a quien destruyen

su nido. Todo aquel edificio de paz, de bienestar, de comodidad, tan nimiamente levantado, iba a venirse al suelo; el jardín burgués, tan bien cultivado, tan resguardado del aire exterior, tan defendido contra los elementos, iba a ser arrasado por la pasión senil, ridícula, culpable, de aquella mujer a quien rodeara de bienestar, a quien entregara todas las llaves del alcázar de su egoísmo, vedándola tan sólo una puerta?

Sentía una rabia atroz, un furor bilioso y maligno que le hacía desear que la adúltera se muriera, que la picase una víbora, que cogiera una pulmonía, una insolación o unas calenturas, que sucediese algo, en suma, para que la Naturaleza se encargase de vengarle y, al mismo tiempo, de salvaguardar su egoísmo.

Entonces entróle mucha prisa por volver a su casa, por sorprender a la adúltera y a su cómplice. Una idea dominaba todas las demás: había que evitar el escándalo a toda costa, había que impedir que la cosa trascendiese al exterior y que, con el ruido, todo lo que tanto trabajo le costara alzar se viniese abajo. Entonces, una sospecha cruel le atenazó: ¿y si lo sabía ya todo el mundo y él habíase convertido en befa y escarnio de la vindicta pública? Tendría que irse lejos, que abandonar la Ciudad Lineal, que vender el *hotel* con tanto trabajo adquirido, que emigrar, quién sabe si que dejar el destino. La ira le ahogaba. Veíase ya condenado a luchar otra vez, teniendo que vivir un piso frío y tristón en una calle sombría, insalobre y fea del viejo Madrid; la adúltera le abandonaría y habría de batallar con desconocidas menegildas, que le robarían, le darían mal de comer, y,

en fin, un día tal vez le asesinasen. Su imaginación, sobreexcitada, ofrecíale cuadros pavorosos, y aparecíase a sí mismo en un gran lecho ensangrentado, mientras una mujerona desgreñada enarbolaba una plancha de hierro sobre su cabeza. Entonces su furor hízose imponente. ¡Todo por aquella cochina vida sexual, hedionda y abominable! ¡Puercos, más que puercos!...

No pudiendo contenerse, echó a rodar los expedientes de una manotada y cogió el sombrero para salir. Su alma de oficinista metódico y ordenado sublevóse contra el hecho brutal y retrocedió a poner en orden las cosas. Luego cogió nuevamente el jipi y salió. Isidoro le detuvo:

—¡Qué! ¿Se cansó ya, don Teodomiro? ¿A juerguearse un poco, verdad?

Balbuceó unas excusas:

—No..., un poquillo de mareo...

—¿Un vasito de agua fresca?... Eso no es mas que calor, y con un buen botijo...

No le oyó. Corría ya calle de Alcalá arriba, extravagante y grotesco, la cabeza descubierta al sol, el sombrero en la mano y la chaqueta flotando tras de él. Su figura absurda hacía detenerse a las gentes, que echábanse a reír al verle, tomándole por un loco.

Habíase hecho ese silencio y ese vacío que los días de toros dura desde el comienzo de la corrida hasta su fin, y que es como una pausa entre las dos algazaras, fenómeno que sólo se da en las ciudades donde hay toros. Don Teodomiro corría, pues, desatentado calle arriba, sin pensar en tomar un coche ni un tranvía. Los transeúntes apartábanse, curiosos;



las mujeres de rompe y rasga le decían desvergüenzas y los chiquillos le tiraban piedras.

Llegó a las Ventas. El polvo espeso y pegajoso se le metía en la garganta; las ropas, empapadas de sudor, se le pegaban al cuerpo, y le zumbaban los oídos. Vió un tranvía que iba a arrancar, y subióse. Casi en seguida se arrepintió; como un extraño pergenio hiciera que todo el mundo se fijase en él, atribuyólo a conocimiento de su vergüenza, y sintió hondo bochorno; las claras risas de unas modistillas le agobiaron, y, saltando al suelo, echó a correr campo a traviesa.

Cayendo y levantándose, tropezando con las zanjas, llenándose de polvo, desgarrándose en ocultos zarzales, con el aspecto lamentable de un espantapájaros que, embrujado, hubiese adquirido alucinante vida, fué recorriendo su camino. Al fin, a la caída de la tarde, roto, maltrecho, desconocido, llegó al término de su calvario.

La vista del jardín en flor le irritó como un sarcasmo despiadado en su gran miseria. Pronto saldría de aquel edén para siempre, y a la puerta colocaríase *el ángel del ridículo,* para cerrarle el paso.

Entró; tras cruzar como un sonámbulo el parterre y franquear su puerta de cristales, encontróse en la antesala. Torpe y vacilante, tropezó con un mueble que sostenía unos yesos imitando bronce, que se desplomaron al suelo, haciéndose añicos; luego, sin prestar atención a ello, subió a zancadas la escalera y abrió la puerta del gabinete. ¡Allí estaban los adúlteros!

A decir verdad, nada de extraordinario notábase

en ellos, como no fuera un poco de sofoco, fácilmente imputable al calor, y una cierta rigidez, una imperceptible afectación que pasaría ciertamente desapercibida para quien no llevase, como él, no ya la sierpe de la duda, sino los alacranes de la certeza en el alma.

Sentados frente a frente, estaban tranquilos, casi sonrientes, indiferentes y hasta un poco aburridos, y aun cuando lo vieron entrar de tal guisa, Perseo se puso en pie y Julia inició una pregunta afectuosa:

—¿Qué te pasa?...

Pero él, gesticulando con grandes manotadas, actuando de personaje de tragedia burlesca, apostrofó:

—¡Adúlteros!

Don Perseo enarcó las cejas, abrió mucho los ojos y tendió los brazos, como si quisiese hacer testigos de sus cuitas a no sé qué deidades misteriosas. Julia unió las manos, en una súplica digna de la mujer de Colatino en un drama del año sesenta.

—¡Por Dios, Teodomiro!...

Pero él la rechazó severo y se encaró con el cómplice:

—¡Salga usted de aquí, mal amigo, miserable traidor, que ha aprovechado mi candor y mi confianza para mancillar el hogar hospitalario que le había acogido y para prostituír mi lecho honrado! ¡Salga usted!

Cacharro trató de defenderse:

—Yo...

Atajóle, severo:

—¡Salga usted!

Luego, mientras el hombre jovial obedecía, volvióse a la traidora:

—¡Y tú, mujer proterva, fémina liviana, meretriz maldita!, ¿qué has hecho de mi honor, del honor inmaculado de que te hice depositaria en los altares?

Hizo una pausa; hasta entonces la alta comedia calderoniana le había ganado; pero, súbitamente, la realidad cruel volvió por sus fueros, y vió, en rápida visión interna, las consecuencias de la falta, la pérdida de su edén de veintiséis mil pesetas, la vergüenza pública, la befa de sus conciudadanos, el éxodo...

Otra vez la rabia le cegó, y, dejando los términos escogidos y apóstrofes dramáticos, habló sincero:

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Me has destrozado la vida! ¿Para qué sirve que me haya pasado treinta años trabajando como un negro, que desde que tengo uso de razón no haya pensado sino en hacerme una posición, en crearme una honorabilidad, si tú, puerca, más que puerca, con tus vicios la has pisoteado y me has entregado a la pública chacota? ¡Eres una ladrona, ¿qué digo?, mil veces peor que una ladrona, porque has unido al robo el abuso de confianza!

Protestó ella:

—¡Oh!

Pero él no la dejó hablar:

—¡Calla! ¡Calla, miserable mujerzuela! ¡Eres una ladrona..., una ladrona!...

Balbuceaba, tartamudeando, temblando todo él.

—¡Eres una ladrona, porque me has robado mi pan, mi nombre, el fruto de mi trabajo, todo, todo!...

Avanzó hacia ella con los puños crispados. En la

cara, color zanahoria, los ojos de batracio se salían de las órbitas, inyectados de sangre; los labios negros silabeaban, y un hilo de saliva caía por las comisuras.

Dió un paso aún; los ojos se desorbitaron más, entre los labios asomó la lengua, violeta, como un reptil que sale de la madriguera; su garganta produjo un sonido extraño, y, girando en redondo, rodó por suelo.

VI

RAPSODIA GROTESCA

Fuera, el viento invernal soplaba implacable, azotando los árboles desnudos de la ciudad jardín y haciendo chirriar puertas y ventanas, y oíase la lluvia, que caía monótona e implacable. Dentro, en la alcoba del enfermo, olía a drogas y hacía calor. Las paredes eran blancas, adornadas de algunos cuadros de santos; los muebles, de nogal, modernos y cómodos, y en la chimenea ardía un buen fuego de leños que chisporroteaban alegremente.

En el lecho yacía inmóvil, estúpido, insensible, el señor de Revilla. Aparecía demacrado, las mandíbulas desencajadas, el color terroso y los ojos, de sapo, turbios, amarillos y apagados. Parecía ausente a todo, insensibilizado, apartado de la vida que le rodeaba.

A los pies de la cama, sentada en una silla, estaba Julia, un poco más vieja, un poco más gorda y un poco más abandonada. Llevaba el pelo rizado, la nariz untada de polvos, y vestía una bata amplia y

flotante. Frente a ella, Serafín, un libro de medicina entre las manos, había dejado de estudiar para observarla.

El sobrino de don Teodomiro estaba aun más flaco y esmirriado, si cabe; en sus ojos de alimaña maligna brillaba una llama concupiscente, llena de perversidad y de deseo. El largo cuello amarillo, roído de escrófula, se hinchaba exageradamente en la nuez, enorme.

Fuera reinaba un silencio *humano*, en que sólo vivían los elementos desatados. Era como si viviesen en una soledad absoluta, en medio de un mundo agitado por fuertes convulsiones. *Se sentía* la soledad.

Julia hizo un esfuerzo y trató de volver a su rosario. Como siempre, sentíase obsesionada por imágenes de una salacidad insoportable. Ni la catástrofe, ni la ruina probable, ni la muerte próxima habían podido exorcizarla contra aquel diabólico maleficio. Todas sus ideas, sus pensamientos todos, giraban siempre en torno de lo mismo. La idea obscena enseñoreábase de ella, deformaba todas las cosas, revestía las más triviales en absurdas apariencias. Era inútil que tratase de sublevarse; *aquello* estaba en todas partes y lo veía siempre. Hombres y mujeres no vivían sino para un único gesto, y todas las cosas, aun las más ajenas, no tenían otra aplicación. Sorprendíase a sí misma en raros acechos, en curiosidades abominables. Así, por ejemplo, el mismo Serafín, que hasta entonces mirara como a un niño, trocóse de súbito en un hombre, un hombre cínico y procaz que recurría a las mayores desvergüenzas



para turbarla. Sin quererlo, entraba constantemente en su cuarto, curioseaba en sus libros, en sus ropas; entraba cuando se estaba lavando o cuando yacía acostado, sentábase en el borde de su lecho o tropezaba con él fortuitamente. Otras veces mostrábale en rápidos descuidos veladas desnudeces, o, con cualquier pretexto, hacíale palpar sus carnes turgentes y apetitosas aún, o entablaba raras conversaciones, en que hacía inocentemente las más absurdas preguntas. Luego, al ver encenderse una llamita azul en los ojos del muchacho, callaba, asustada de su obra, o se alejaba de él.

Serafín la deseaba. Desde muy niño, sus noches insomnes o de turbulentos ensueños, pobláronse siempre con la imagen de la tiíta jamona y apetitosa. Cuando la presencia de don Perseo, presintió el idilio, y aun espióles gozando en las escenas entrevistas con un placer acre y agitador. Adivinó el drama y luego notó los extraños avances de aquella mujer que iba a él fatal como una sonámbula. La esperó ansioso, el gaznate seco y las manos calenturientas. Pasó noches enteras en espera, incorporándose en la cama al menor ruido, los ojos perforando la obscuridad. Adelgazaba; muchas tardes tenía calentura, y adivinaba que, de no tenerla, enloquecería o moriría de consunción.

Ahora, junto al enfermo, se miraban disimuladamente; ninguno de los dos era ni bello ni apetitoso, y, sin embargo, comprendían que nadie en el mundo sería igual para ellos. La soledad y el silencio eran completos, y todo lo que allí sucedía sería ignorado; sólo ellos, ellos y *él*. Pero él no era sino un enigma

más entre los muchos enigmas que son testigos de nuestros actos.

Ninguno de los dos daría el paso que había de hacerles caer en el abismo, y, sin embargo, los dos deseaban ardientemente que el fenómeno se produjese, y encontrarse abajo fatal e insensiblemente.

Era tal el silencio, que *se oían* sus pensamientos, y aquellos pensamientos les daban miedo. Pero hay algo más fuerte que el miedo, y ese algo es el *deseo.* El más cobarde, el más pusilánime y trivial, puede haber un momento en su vida en que la lujuria le haga audaz y le lleve tranquilo y resuelto a través de tinieblas en que vivan fantasmas y asesinos, pululen alimañas y se abran pozos profundos y tenebrosos.

La risa en sordina de Serafín sonó en el cuarto. Una risita afectada y provocadora.

Julia interrogó:

—¿De qué te ríes?

Tornó a reírse, como dando aún mayor interés a la risa.

—¡Bah! Nada...

Ella insistió:

—¿De qué, hombre, di?

Resignóse a compartir su júbilo:

—¡Tonterías! Una historia de un amigo mío que estudia Medicina...

La Revilla comprendió que la historia era un indecencia, y el primer paso por un sendero peligroso, a cuyo final estaba el susodicho abismo, y, pese a ello, insistió:

—¡Hombre, sé amable, cuenta!


J. Z.

Encogióse de hombros.

—Si es una marranada... Pero, en fin, verás... Mi amigo tenía una patrona...

Siguió en sordina su cuento, un sucedido vulgar de la vida estudiantil, con sus puntas y ribetes de pornográfico.

Ella le oía ansiosamente, bebiendo con afán sus palabras, como si le recitase el evangelio admirable de una nueva religión.

Y era que, en realidad, no le escuchaba, sino que escuchaba el ritmo mágico de su deseo.

Cuando concluyó aquella narración, comenzó otra, y luego otra, y otra después. Igual que los chicos que empiezan a cantar, y emborrachándose con sus propias palabras, cada vez exageran más; así, las porquerías y abominaciones cada vez eran más fuertes, más bestiales, más monstruosas. Ya no eran dichos sazonados de pimienta, sino brutalidades de un realismo soez, de una perversidad alambicada y contrahecha. Cada palabra impregnábase de un perfume afrodisíaco, y se hacía aceitosa y densa, como si estuviese empapada en un óleo especial.

Hablaban muy bajo. Sin darse cuenta, habían ido acercándose, y los rostros arrebatados, los ojos brillantes y las bocas secas y ardorosas, rozábanse.

Fué ella, ella, la primera que arrojóse sobre él como sobre una presa. El la tomó, la tomó con rabia, con furor, con concentrada desesperación. Por un momento escucháronse tan sólo las respiraciones jadeantes y el entrechocar de dientes, mientras que sus manos temblorosas palpaban las carnes palpitantes. Luego cayeron sobre el mismo lecho donde

don Teodomiro agonizaba, y allí rugieron como bestias feroces.

De pronto se oyó un gruñido, una queja gutural, larga y sostenida, un plañido temeroso de alma en pena.

Incorporáronse, estremecidos de horror.

Erguido, rígido, un gesto de odio y de anatema supremo, estereotipado en el rostro verdoso, la boca abierta, mostrando la lengua negra entre la dentadura postiza, desarticulada, Revilla yacía muerto. Los ojos de batracio les miraban fijamente.

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE



